

## Entre limones

Chris Stewart



Techo de vigas de madera de un *tinajo* de Pampaneira (La Alpujarra). Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH

Un ejemplo de reconstrucción del ámbito rural a través de la mirada de un extranjero. *Entre limones* es la historia autobiográfica de un inglés movido por el romanticismo que persiste en su idea de reconstruir un cortijo en un rincón de La Alpujarra. Historia que refleja una realidad: agricultores que quieren vender sus casas para trasladarse a una población con mejores perspectivas de futuro y extranjeros con bastante dinero para cumplir el deseo de comprar un "paraíso". Una forma más de conservar y reinterpretar el patrimonio cultural.

La arquitectura alpujarreña es muy sencilla, y consiste en volver a colocar de manera más o menos ordenada los materiales que, o bien crecen a mano, o se encuentran dispersos al azar por los alrededores. Las proporciones vienen dictadas por una sencilla ecuación: la anchura equivale a la capacidad máxima de soporte de una viga de castaño, de chopo o de eucalipto, cubierta con una espesa capa mojada de launa (la arcilla aceitosa gris y casi impermeable que se presenta en vetas por toda la zona de Las Alpujarras), y normalmente equivale a aproximadamente tres metros y medio. La altura depende del nivel hasta el cual puede levantar piedras un alpujarreño, y como la mayoría de ellos son de estatura baja, raramente sobrepasa el metro ochenta desde el suelo hasta el

asiento de las vigas. La longitud viene limitada por la superficie del suelo disponible, y las ventanas se calculan de manera que dejen pasar la cantidad de luz justa para poder andar a tientas al mediodía, pero de modo que al mismo tiempo no dejen entrar los rayos exteriores que de otra forma podrían comerse vivos a los habitantes de la casa. El conjunto, en un pueblo, tiene que engranar con una masa de viviendas similares, apiñadas como los hexágonos de una colmena. El producto resultante final es algo que está a medio camino entre una caja cuadrada y un vagón de ferrocarril de piedra.

Cuando mi madre vio por primera vez la fotografía de la nueva casa que había comprado quedó horrorizada.

- Esperaba que tal vez acabaría viviendo en una casa estilo Reina Ana –se lamentó-. Siempre me ha gustado ese estilo. Pero ahí estás, viviendo en... viviendo en lo que sólo puedo describir como un establo.

Para ser sinceros, elegancia y sofisticación no son las palabras que primero vienen a la cabeza cuando se intenta describir la arquitectura alpujarreña. El encanto del estilo radica en su simplicidad. Las variaciones del diseño básico y los sencillos adornos que los habitantes añaden a sus moradas, a menudo resultan unas creaciones de gran belleza. La primera vez que vi la arquitectura alpujarreña no me convenció mucho, pero poco a poco fue conquistándome y ahora... bien, pues me sentiría de

lo más incómodo si viviera tras unas ventanas de cristal emplomado bajo un tejado de dos aguas.

La sencilla estructura tipo caja es idéntica a la que se encuentra en los poblados bereber de Marruecos –fueron los bereberes quienes trajeron a la región este tipo de construcciones- y parecida a toda la arquitectura típica de Oriente Próximo. Su gran ventaja es su bajo precio: las puertas y ventanas son las únicas partes de la casa que hay que adquirir con dinero, ya que el resto sólo tiene que ser extraído o derribado a hachazos, o recogido y acarreado desde el río.

Las paredes son de piedra trabada con barro, y deben tener un espesor mínimo de sesenta centímetros, aunque preferiblemente de un metro. Esto aísla del calor en verano y del frío en invierno. Los dinteles y las vigas son de madera, de eucalipto o de chopo si vives en el interior de los valles, o de castaño, la mejor madera de todas, si vives por encima de los mil metros, allí donde los bosques de castaños rodean los pueblos altos. En La Alpujarra Baja, por encima de las vigas se fija un entramado de cañas atadas con cuerdas de esparto, hierba que crece en estado silvestre por todas partes. También las cañas crecen en abundancia a orillas de los ríos, al igual que los árboles para las vigas. Sobre el entramado de cañas se extiende una espesa capa de broza –adelfas, genistas, retamas, tomillo- y por último la capa launa, la cual se debe extender siempre durante la luna menguante, para que se asiente de manera adecuada y haga que el tejado sea lo más impermeable posible –pero, por supuesto, siempre que no sea un viernes.

Hace cien años las paredes de piedra se dejaban al desnudo, pero en nuestros días la mayoría de las casas están blanqueadas por dentro y por fuera debido a dos razones: por un lado el calor del interior dis-

minuye varios grados los días calurosos del verano y, por otro, la cal, especialmente la cal viva –que viene en forma de unas rocas blancas que hay que poner a remojo en un barril de agua en donde burbujan con un ruido como de máquina de vapor- tiene un fuerte efecto desinfectante.

El día que nos fuimos a buscar vigas hacia un frío glacial. Partimos rumbo al oeste en dirección a Lanjarón, y empezamos a subir por una empinada pista que serpenteaba junto al río. Con el viejo Landrover, fui tomando lentamente curva tras curva, subiendo cada vez más alto, hasta que la carretera acabó por desaparecer totalmente. Domingo, con una liviana chaqueta encima de su camisa como única concesión al frío, saltó del Landrover para ir a saludar a un pastor de cierta edad que había salido de debajo de los árboles para vernos pasar. Parecía que estábamos de suerte: justo en ese momento el anciano había estado pensando en vender un cargamento de madera de castaño para vigas. Con un nudoso dedo índice señaló una zona de bosque que había en una cresta cerca de la línea del horizonte.

Seguimos trepando más y más a la sombra vetada de unos árboles enormes. Había manchas de nieve entre las hojas caídas, y el hielo a orillas del río. El bosque de castaños de nuestro amigo se encontraba en un lugar magnífico, no muy por debajo de los altos picos nevados y con vistas del mar allá lejos hacia el sur, pero la madera no servía. Un incendio había arrasado recientemente esa parte de la montaña, dejando los árboles ennegrecidos y medio muertos, y la mayoría de ellos eran de un grosor enorme. Necesitábamos cien vigas, pero Domingo calculaba que no habría siquiera una docena en toda esa extensión de bosque. Los castaños necesitan ser talados y cuidados para constituir un buen material de construcción, pero este bosque se encontraba totalmente descuidado. Y aparte

de eso, era necesario bajar cada viga a lomos de mula hasta el punto más cercano a donde pudiera llegar un camión. Dimos las gracias al dueño y regresamos al valle.

–Si queréis vigas –dijo un hombre en un bar-, Martín de Trevélez es el hombre que buscáis. Tiene muchísimas.

Así pues, nos encaminamos a Trevélez para buscar a Martín, cuyas vigas resultaron estar ya cortadas y apiladas junto al río. El precio que pedía parecía bastante razonable y, dejándonos allí para que las inspeccionáramos, nos dijo que, si queríamos discutir las condiciones, él estaría en el bar de la plaza a las dos. Pero no fuimos a verle, ya que todas y cada una de las vigas eran malísimas: o estaban carcomidas por los gusanos, o consumidas por hongos mefíticos, o bien estaban torcidas y llenas de nudos, o eran demasiado gruesas.

– Le costará trabajo vender toda esa madera para leña- comentó Domingo.

Pero a pesar de todo había sido una excursión agradable y, antes de regresar a casa por la alta carretera de montaña, paramos en Trevélez para tomar un poco de jamón acompañado de un vino. Fue entonces cuando Domingo me sorprendió, como solía hacer siempre.

–Mi tío Eduardo tiene unos castaños por encima de Capileira –dijo-. Seguro que le interesaría venderte unas vigas.

– ¿Por qué no me habías dicho nada de él antes? –le pregunté

– Ah, porque es interesante ver qué otras vigas hay por ahí, y a mí siempre me gusta ir a Trevélez. Además, Eduardo no habría estado en su casa hasta esta hora. Podemos ir a visitarle ahora, de camino de vuelta a casa.

STEWART, CHRIS. *Entre Limones*. Córdoba: Almuzara 2008, pp. 108-112

La publicación de estos fragmentos de la obra *Entre Limones* ha sido posible gracias a la autorización de la editorial Almuzara, S. L.